



Cuadernos de Pensamiento N° 33  
Número monográfico sobre Karol Wojtyła/san Juan Pablo II  
en el centenario de su nacimiento. Volumen 2.

Año: 2020

DOI: <https://doi.org/10.51743/cpe.64>



Juan Pablo II, acercar a los hombres a Dios

John Paul II, bringing people closer to God

MARÍA EUGENIA GÓMEZ SIERRA

Universidad Complutense

RESUMEN: Acercarse al sentido de educación en san Juan Pablo II es apuntar, sin ninguna duda, a un proceso de humanización de la persona. Sus escritos sobre la formación humana descubren la belleza de un ser creado por Dios para alcanzar la plenitud, un ser perfectible cuya educabilidad debe ser acompañada. El Papa concibe la educación como un proceso de personalización realizado desde la razón y la libertad de la persona. Un acompañamiento, cercano y autónomo, para ir descubriendo desde una relación interpersonal maestro-alumno, la *verdad* que envuelve la *realidad*, la *verdad* personal que encierra el *misterio de cada hombre* y la *Verdad*, con mayúscula, que nos habla de *Dios*. El motor y la clave de la educación, en toda su obra escrita, se centra en la búsqueda de la verdad y en el deseo de transformar la realidad al servicio de los hermanos. Karol Wojtyła cree en la comunidad educativa, especialmente en la escuela católica, como lugar de referencia y transmisión de la cultura, pero también, como lugar de maduración de la fe donde el testimonio de los creyentes actúa como agente evangelizador.

PALABRAS CLAVE: educación relación interpersonal, acompañamiento, verdad, perfección, plenitud

ABSTRACT: To begin to examine the meaning of education in Saint John Paul II is to point clearly to a process of humanization of the person. His writings on human

formation show the beauty of a being created by God to reach fullness, a perfectible being who needs to be accompanied as they are being educated. The Pope conceived of education as a process of personalization carried out from reason and the freedom of the person. That education is a close and autonomous accompaniment, to discover, from a relationship between the teacher and student, the truth that surrounds reality: the personal truth contained within the mystery of each person and the Truth, with a capital letter, that tells us about God. The engine and key to education, in all his written work, focuses on the search for truth and the desire to transform reality at the service of our brothers and sisters. Karol Wojtyła believed in the educational community, especially in the Catholic school, as a place of reference and transmission of culture, but also as a place of maturation of faith where the testimony of believers acts as an evangelizing agent.

KEYWORDS: education as a personal relationship, accompaniment, truth, perfection, plenitude

## INTRODUCCIÓN

La idea de emergencia, propuesta por Benedicto XVI, centró la atención de la cuestión educativa de los últimos pontificados, ensombreciendo, en parte, aspectos muy interesantes que se habían tratado con anterioridad en otras etapas de la sede apostólica. Joseph Ratzinger colocó la diana de la crisis educativa en la falta de autoridad en los adultos y, en los problemas que esto ocasionaba para la transmisión de la fe. En un contexto en el que se vivían los efectos de la falta de autoridad esto causó un cierto impacto y se difundió con rapidez fuera del ámbito eclesial, con la contrapartida de un cierto reduccionismo de otros aspectos esenciales para la educación. Por el contrario, la tarea de Juan Pablo II respecto a la escuela fue mucho menos vistosa y siempre estuvo mucho más oculta.

Coincidiendo con el centenario del nacimiento de Karol Wojtyła nos ha parecido de justicia sacar a la luz la belleza de su doctrina en el campo educativo, con la finalidad de poder profundizar en el hondo sentido de sus pensamientos al respecto. Sus ideas sobre educación son pocas, pero muy sólidas, ya que se centran en los temas capitales en la pedagogía. Las claves de

esta breve exposición han de entenderse en relación a su planteamiento sobre la persona como ser en crecimiento y a su idea de la responsabilidad compartida entre los padres y los educadores para ayudar a los niños y jóvenes a desarrollarse en plenitud.

Entre estos dos polos, sujeto del aprendizaje y agentes educativos que contribuyen al proceso formativo, el cimiento es siempre una antropología cristiana vista desde el designio divino de un Dios que es amor. Un Dios creador que crea al hombre para la eternidad, otorgándole una dignidad sobre el resto de lo creado, porque ha sido invitado a vivir en comunión con Él.

Este primer rasgo antropológico sitúa la educación poniendo el centro de su acción en la *persona* y dejando a un lado los métodos, las estrategias y los recursos como elementos auxiliares de todo el proceso didáctico. No es que Juan Pablo II desprecie los métodos o los recursos, sino que sencillamente los considera como algo secundario en la educación. Otra referencia que conviene considerar al adentrarse en la lectura de estas páginas está en el hecho de que el Papa considera la educación como algo intrínsecamente unido a la tarea de la Iglesia y a la presentación del plan salvífico de Dios para los hombres.

La educación no es para él solamente responsabilidad de un Estado, que se ve obligado a contribuir y a sostener el derecho de sus ciudadanos a la educación, sino misión de la comunidad eclesial que ha de contribuir a la promoción de los hombres y de los pueblos. Pero es, además, una plataforma idónea para que la Iglesia, madre y maestra, pueda anunciar el Evangelio.

En este sentido, el Pontífice reconoce la tarea de cualquier bautizado, comprometido desde su bautismo, a contribuir con el ejemplo y la palabra en la humanización de sus prójimos.

## RAÍZ ANTROPOLÓGICA COMO FUNDAMENTO DE LA EDUCACIÓN

Juan Pablo II regaló al mundo, en su primera encíclica, un legado incomparable para fundamentar la educación. *Redemptor Hominis* desvela el profundo significado del misterio de la revelación de Dios en Cristo, pero muestra,

además, la alta dignidad del ser humano, sujeto protagonista de cualquier acción educativa.

Con una mirada superficial, puede resultar sorprendente, hablando sobre el sentido de la educación en Juan Pablo II, empezar por una reflexión antropológica; pero, no es así si consideramos que el Papa concibe la educación como un proyecto de crecimiento personal del hombre para acercarse al encuentro con Dios. Qué es realmente el hombre y cómo puede desvelarse su misterio es la clave para poder hablar de un proceso de perfectibilidad<sup>1</sup> como el que realiza la persona a lo largo de su vida, mientras camina hacia una meta última (*Rom* 8, 8). En este proyecto de crecimiento personal colabora la educación, para que el hombre<sup>2</sup> pueda desarrollarse, tal como ha sido querido, elegido, llamado y destinado por Dios (*RH*, 13).

Saber qué es realmente el hombre reclama la persona de Jesucristo<sup>3</sup>, porque “en Él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios, con su encarnación, *se ha unido en cierto modo con todo hombre*”<sup>4</sup>. El hombre no puede vivir sin amor, su vida carece de sentido si no se le revela y se encuentra con él en su propia experiencia humana. Esta es la razón última, por la cual, para conocer el misterio del hombre necesitamos a Jesucristo, quien hace visible a los hombres el amor de la paternidad divina presente en el mundo desde el momento de la creación (*RH*, 10). La persona que quiere comprenderse hasta el fondo ha de acercarse a Cristo, debe “entrar en Él con todo su ser, debe

---

<sup>1</sup> BARRIO, J. M. (2010). *Elementos de Antropología Pedagógica*. Madrid: Rialp. 108 p.

<sup>2</sup> “El hombre es en la tierra la única creatura que Dios ha querido para sí misma”. “El hombre tal como ha sido «querido» por Dios, tal como Él lo ha «elegido» eternamente, llamado, destinado a la gracia y a la gloria, tal es precisamente «cada» hombre, el hombre «más concreto», el «más real»; este es el hombre, en toda la plenitud del misterio, del que se ha hecho partícipe en Jesucristo” (*RH*, 13).

<sup>3</sup> En el misterio de la Redención del hombre es necesario hablar de dos dimensiones: la dimensión divina y la dimensión humana. En la primera, muestra cómo Jesucristo reconcilia a los hombres con el Padre después de su caída por el pecado. Con su entrega la creación es renovada. En la dimensión humana vemos cómo, el hombre vuelve a encontrar la grandeza y la dignidad perdidas; cómo es, en cierta medida dice el Papa, creado de nuevo por haber sido hecho uno en Cristo.

<sup>4</sup> JUAN PABLO II. *RH*, 8

«apropiarse» y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención, para encontrarse a sí mismo” (RH, 10).

En el misterio de la Encarnación y de la Redención se contienen la verdad del hombre y del mundo, porque en Jesucristo se hacen presentes la verdad y el amor que manifiestan la única e irrepetible plenitud (RH, 13). La *Redemptor Hominis* en su número 14 describe brevemente a la persona como un alguien irrepetible en su ser, en su obrar, en su entendimiento, voluntad, conciencia y corazón. Cada persona (realidad singular) tiene una historia propia de su vida y de su alma, una historia que va escribiendo a través de los múltiples lazos que va estableciendo con el mundo y con las personas que le rodean. Estos vínculos personales y sociales le van configurando y transformando, es decir educando.

Dios, desde el principio, dio al hombre poder para dominar la tierra<sup>5</sup> y usarla a su servicio, aunque no siempre el ser humano la ha utilizado con este fin. En muchas ocasiones, el poder otorgado al hombre se ha dirigido contra el mismo hombre y le ha provocado, consciente o inconscientemente, miedos e inquietudes arrebatándole la paz, la seguridad y, sobre todo, la confianza (cf. RH, 15). Las transformaciones que el hombre realiza buscando el progreso no siempre han hecho su vida más humana ni la han dignificado y, lo que es aún peor, no siempre le han ayudado a madurar espiritualmente. Por eso, el hombre necesita el auxilio de la gracia, pero, además, el de la educación, para ir haciéndose consciente de su dignidad y de su grandeza y, a la vez, de su condición de criatura.

Recordemos que educar es personalizar, en el sentido de ayudar a la persona a conseguir el fin para el que ha sido creado, o, en otras palabras, a facilitar que la persona sea lo máximo que pueda ser, es decir, que logre la plenitud, como bien afirma Tomás Morales: “Educar es convertir al discípulo en alguien, para que no sea un cualquiera, hacer que cada uno sea *él* al máximo”<sup>6</sup>. Es, en definitiva, conducir hacia la Verdad.

---

<sup>5</sup> No podemos considerar la misión otorgada por Dios a los hombres como el poder delegado en él para destruir el mundo sino de otra manera: “El «dominio» del hombre sobre el mundo visible, asignado a él como cometido por el mismo Creador, consiste en la prioridad ética sobre la técnica, en el primado de la persona sobre las cosas, en la superioridad del espíritu sobre la materia” (RH, 16).

<sup>6</sup> MORALES, T. (1983). *Tesoro Escondido*. Madrid: BAC. p.188.

El hombre, por sí solo, no puede alcanzar la plenitud; sin embargo, de su unión con Cristo nace el hombre nuevo, llamado a participar en la vida de Dios, en Cristo, en la plenitud de la gracia y de la verdad (RH, 18), es decir, aprendiendo a vivir con la mirada puesta en la eternidad y descubriendo que su vida no es una vida temporal sino eterna. El hombre libremente ha de descubrir esa verdad que sustenta su ser, porque ha de reconocer, aceptar y dar gracias, por haber sido creado con una vida que no termina sino que se transforma. Ninguna educación puede ser buena si no se orienta hacia ese gran descubrimiento.

### CONCEPTO DE EDUCACIÓN

El papa polaco, en una alocución a la UNESCO en el año 1980, sitúa la educación como la primera y la más especial tarea que lleva a cabo la cultura. Para él la educación “consiste, en que el hombre llegue a ser cada vez más hombre, que pueda 'ser' más y no sólo que pueda 'tener' más, y que, en consecuencia, a través de todo lo que 'tiene', todo lo que 'posee', sepa 'ser' más plenamente hombre”<sup>7</sup>.

Él presenta la educación como un proceso de humanización que contribuye a cuatro grandes fines: la personalización del niño, su socialización, la transmisión de la cultura y, por último, la contribución a la respuesta por el sentido de la vida. “A través de la educación, el individuo llega a la capacidad de orientarse hacia la verdad y el bien; a insertarse como sujeto de iniciativa y de cultura en el propio ambiente, a la posesión de esas virtudes humanas, morales y religiosas que constituyen la estructura espiritual del hombre maduro”<sup>8</sup>. Empecemos por el primer fin para distinguir los matices que propone a la personalización. El Papa entiende la educación como un

---

<sup>7</sup> JUAN PABLO II. (1980). *Alocución a la UNESCO*, 2 de junio, 1980, n. 11; *L' Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 15 de junio, p.12: "la primera y especial tarea de la cultura en general, y también de toda cultura es la educación".

<sup>8</sup> JUAN PABLO II. (1988). “La trayectoria educativa de los jóvenes”. Discurso a los profesores y estudiantes de la Universidad, de la Academia Militar y de otras escuelas, en la Iglesia de San Agustín, Módena, 4 de junio.

proceso de personalización centrado en el ser y en el obrar del hombre. El planteamiento que muestra está en correspondencia con su concepción de la persona, descrita espléndidamente en su obra *Persona y acción*<sup>9</sup>, donde describe profusamente cómo el actuar del ser humano ayuda a configurar la propia identidad<sup>10</sup>.

Ahora bien, al aspecto personalizador añade una dimensión socializadora que se repite, como una clave permanente, en sus escritos dirigidos a diversas instituciones y a responsables de la educación católica, vinculada a la responsabilidad de abordar una nueva tarea evangelizadora en la Iglesia. Él, entiende la educación como un instrumento social capaz de contribuir a un cambio del mundo, ya que posee la capacidad de reorientarlo hacia un proceso de humanización. Educar, es poner en marcha un mecanismo para la construcción de una sociedad donde imperen los valores humanos, especialmente los espirituales, a través de los cuales se pueda mostrar el esplendor de la dignidad humana. Este gran filósofo es consciente de la doble dimensión de la persona, individual y social, y de la importancia de ayudarla a descubrir, en su proceso madurativo y formativo, la responsabilidad frente a esas dos realidades. Esta combinación del aspecto individual y social no es demasiado habitual en el mundo educativo, donde se tiende a mostrarlos como aspectos enfrentados. Aunque Juan Pablo II no se detiene en una contemplación de lo que le ocurre al niño en la escuela, porque no es ciertamente un pedagogo, es fácil deducir de sus discursos, que concibe en ella una tarea en la que el pequeño, a medida que va creciendo, ha de ir consolidando en su vida una serie de virtudes individuales y sociales para lograr una unidad de vida, semejante a la Trinidad, donde las Tres divinas personas viven en comunión.

En referencia al aspecto comunitario de la educación, el Santo Padre afirma: "La educación tiene una función particular en la construcción de un

---

<sup>9</sup> JUAN PABLO II (2017). *Persona y acción*. Madrid: Palabra.

<sup>10</sup> Wojtyła no concibe un dualismo entre persona y acción, pues no se trata de dos realidades separadas, sino de dos identidades de una única realidad. Considera la acción (el acto) como la manifestación de la interioridad humana, sujeta siempre a una condición comunitaria al mismo tiempo que trascendente, y siendo ambas irreductibles.

La antropología de Wojtyła es dinámica, de manera que la acción de la persona muestra su ser; es decir, cada acto humano muestra el deseo de la persona de autodeterminarse y realizarse, y ordenado siempre por la libertad y la verdad.

mundo más solidario y pacífico. La educación puede contribuir a la consolidación del humanismo integral, abierto a la dimensión ética y religiosa, que atribuye la debida importancia al conocimiento y a la estima de las culturas y de los valores espirituales de las diversas civilizaciones"<sup>11</sup>.

El tercer fin que encontramos en el concepto de educación del autor va unido al proceso de la transmisión de la cultura de generación en generación, como un acto de responsabilidad humana. Los adultos tienen la obligación de legar a los niños las riquezas que recibieron y que construyeron personalmente, porque es a través de la cultura como se descubre el fundamento de las verdades del hombre y su especial dignidad por el origen y el fin<sup>12</sup> al que ha sido llamado. La educación es el cauce para que los aciertos y los errores de los antepasados sirvan de luz en el camino hacia la búsqueda de la felicidad. La transmisión de valores, lejos de constreñir la libertad de los niños, lo que hace es poner referencias para que ellos puedan elegir sin la ingenuidad de quedar atrapados en sus propios límites.

Por último, la educación es un medio para encontrar respuestas a las preguntas que todo ser humano se hace por el sentido de la vida. El Papa afirma: "No se puede transmitir una cultura sin transmitir, al mismo tiempo, lo que constituye su fundamento y su núcleo más profundo, a saber, la verdad y la dignidad, reveladas por Cristo, de la vida y de la persona humana, que encuentra en Dios su origen y su fin. De este modo, los jóvenes descubrirán el sentido profundo de su vida y podrán conservar la esperanza"<sup>13</sup>. A través del proceso formativo es posible descubrir el fin para el que Dios nos ha creado y, por tanto, la meta hacia la que nos encaminamos. Este aspecto realza la importancia de la acción educativa, donde se aprende a conocer la ruta hacia la que uno se dirige, lo que genera seguridad y confianza para ir madurando, y, además la esperanza de alcanzar la salvación<sup>14</sup>.

---

<sup>11</sup> JUAN PABLO II. (2000). *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 8 de diciembre, n. 20. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 15 de diciembre, p.122.

<sup>12</sup> Juan Pablo II. (1994). *Discurso a los participantes en el XIV Congreso Mundial de la Oficina Internacional de Enseñanza Católica*, sábado 5 de marzo.

<sup>13</sup> IDEM, *Ibidem*.

<sup>14</sup> "A menudo la educación sufre el influjo de «formas de racionalidad» que no «tienden a la contemplación de la verdad y a la búsqueda del fin último y del sentido de la vida», sino a «fines utilitaristas, de placer o de poder» (*Fides et ratio*, 47), con el consiguiente riesgo de



Al intentar definir el concepto de educación en la obra de Juan Pablo II no podemos pasar por alto, además de los fines descritos, la *naturaleza* que otorga a este proceso. En sus referencias escritas aparece una característica que envuelve a lo educativo, pues presenta la educación como un *proceso integral* que abarca a todo el hombre y a todos los hombres. Vamos a detenernos en cada una de las afirmaciones específicas que Juan Pablo II da de la formación integral, para ver las profundas implicaciones que esto tiene en el mundo de la enseñanza y el alto valor que aporta a la educación.

La primera afirmación, “abarca a todo el hombre”, hace referencia a la antropológica pedagógica propia del personalismo cristiano, en la que se considera a la persona como una amalgama de dimensiones dinámicas que necesitan alcanzar la unidad en un “yo” concreto<sup>15</sup> (una subjetividad<sup>16</sup>), en el que han de convivir en verdadera armonía formando una globalidad que concede a cada persona unicidad y singularidad. Cuando el carácter de único y exclusivo desaparece de la educación se construyen personas sesgadas, que no alcanzarán nunca ni el equilibrio ni la madurez. El crecimiento integral de la persona humana la abre, primeramente, a la plenitud personal, pero después lo hace a nuevos horizontes culturales, y particularmente, a la verdad<sup>17</sup>. El Pontífice tiene muy claro que la educación completa facilita al hombre el conocimiento de la verdad y, algo más, el encuentro con la Verdad.

Por otra parte, hemos de considerar en su argumentación, como segunda característica, el hecho de ser “para todos los hombres”. En este rasgo encontramos la educación como algo específico y consustancial al ser humano,

---

producir consecuencias trágicas en quienes se están abriendo a la vida”. JUAN PABLO II. (1998). *Mensaje a la Federación de Institutos de Actividades Educativas de Italia*, 24 de noviembre

<sup>15</sup> La persona no se identifica con la suma de los elementos que la componen y esos elementos, por otro lado, no son perfectamente aislables ni separables unos de otros. Son siempre dimensiones del ser personal que es el que realmente existe y en el que conviven íntimamente entremezclados. Burgos, J. M. (2005<sup>2</sup>). *Antropología: una guía para la existencia*. Madrid: Palabra. p.64.

<sup>16</sup> BURGOS, J. M. (2005<sup>2</sup>). *Op. cit*; p.210: “la persona humana está compuesta por muchos elementos y el centro que los unifica es el yo [...] responden y están coordinados e integrados por una dimensión central y única: el yo”

<sup>17</sup> Cf. JUAN PABLO II. (1994). *Discurso a los participantes en el XIV Congreso Mundial de la Oficina internacional de Enseñanza Católica*, sábado 5 de marzo.

dada su perfectibilidad, nunca como un simple derecho de aquellos que tienen acceso a la escuela. Todos los hombres están llamados a ser educados como una manera de desarrollo personal y un modo de ser verdaderamente libres, ocupando así un lugar en la sociedad. “Vosotros tratad de conseguir que el largo período de formación de los jóvenes sirva para el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres, evitando una visión elitista de la escuela católica, porque está llamada a brindar a cada uno las oportunidades necesarias para la construcción de su personalidad, de su vida moral y espiritual, así como para su inserción en la sociedad”<sup>18</sup>. El carácter integral de la educación es un camino para la promoción de la persona y de los pueblos, que abre las puertas a la solidaridad, a la fraternidad, y, al mismo Cristo y a su Iglesia (cf. *RH*, 14). Esto solo puede lograrse cuando se forma la inteligencia unida a la conciencia y se busca con profundidad el desarrollo moral.

La educación implica pues un crecimiento real en la práctica de las virtudes, supone también un aprendizaje para disponernos a participar activamente en la vida social, ocupando un puesto entre los otros y saliendo del anonimato. Por otra parte, la educación supone una apertura al mundo que permite el enriquecimiento personal y el intercambio mutuo de riquezas entre los hombres.

## EL MAESTRO Y LOS MAESTROS

En el pensamiento de Karol Wojtyła aparece un vínculo indisoluble entre antropología y cristología<sup>19</sup>, pues el hombre, como ya hemos comentado, no halla su verdadero ser si no es a la luz de Cristo encarnado que se entrega voluntariamente para que la humanidad sea redimida.

Este aspecto relacional, hombre-Cristo, se observa también a la hora de hablar del educador. Los maestros no pueden entenderse sin la luz del único y verdadero Maestro (*Jn* 1, 28; *Mt* 7, 28; *Jn* 11,28) que enseña a sus discípulos con autoridad y sabiduría y les propone el seguimiento de su vida. “Je-

---

<sup>18</sup> IDEM, *Ibidem*.

<sup>19</sup> Cf. ÁVILA, A. (2007). *La unidad entre cristología y antropología en Juan Pablo II. Un análisis del tema en sus catorce encíclicas*. *Scripta Theologica* 39 (2007/1) pp.37-72.

*sús, el Señor*, es ante todo el único Maestro. Él es la fuente viva, el centro de irradiación, el alimento que en la Palabra y la Eucaristía se convierte en intensa experiencia interior”<sup>20</sup>.

Jesús, icono del Padre, muestra al hombre el camino para alcanzar la plenitud y le ayuda a conocer la verdad, indicándole el camino para seguirla. Él, es maestro que se propone como “*camino, verdad y vida*”, ofreciendo un modelo para que sus discípulos le sigan. En Cristo, dice el Papa, “se revela la verdad del hombre. Él es camino, verdad y vida. Él es nuestra paz”<sup>21</sup>. En realidad, Jesucristo es el *único maestro*, del cual aprenden los otros maestros siguiendo el estilo de una pedagogía vicaria.

La identidad cristiana incluye el don de la gracia, aprendido del mejor maestro y modelo, Cristo, Hijo de Dios hecho hombre. En su hacerse hombre y en su unión con los hombres Cristo revela la plena verdad sobre el hombre y sobre el mundo. Por eso, el Papa afirma con rotundidad que entre ser hombre y ser hombre cristiano nunca puede haber separación. De manera que la condición del maestro sólo puede arrancar del compromiso bautismal que lleva a dar a los otros gratis lo que gratis se ha recibido.

El maestro es la persona que conduce a otros, en concreto a los más débiles, hacia la verdad. Por eso concibe su misión como una verdadera acción evangelizadora llena de repercusiones en todos los campos: la cultura, la ciencia, el arte, la economía, la política, o las relaciones humanas; y en ella se muestra la dimensión contemplativa del saber. El Papa ha descubierto la importancia del maestro para orientar al alumno hacia la verdadera libertad, surgida de la aceptación de la verdad y de la configuración de la propia vida con ella. Esta noble tarea es profundamente valiosa, porque en la verdad siempre se encuentra Jesucristo.

El papel del maestro es una forma concreta de encarnar el Evangelio en el mundo del pensamiento y de contribuir al desarrollo integral de la sociedad. Un medio para humanizar la cultura y hacer que esta quede penetrada del espíritu evangélico, es, por tanto, un “ministerio” de la Palabra, una diaconía

---

<sup>20</sup> JUAN PABLO II (2001). *Mensaje al IV Encuentro Nacional Italiano de Profesores Universitarios Católicos*. Vaticano, 4 de octubre.

<sup>21</sup> JUAN PABLO II. (1989). *Discurso a los Educadores Laicos en León* (Nicaragua), 4 de marzo.

de la verdad<sup>22</sup>. Por eso, nuestro autor afirma: “en efecto, a través de la educación cristiana de las conciencias, se trata de promover el sentido de la justicia, de la verdad, de la honradez, del servicio desinteresado...”<sup>23</sup>.

Al dirigirse a los profesores universitarios italianos en 2001 Juan Pablo II esboza algunos puntos esenciales en la tarea docente. *El docente*, dice, *es un maestro* que no transmite el saber cómo si fuera un objeto de uso y consumo, sino que establece ante todo una *relación sapiencial* que, aun cuando, por el número demasiado elevado de estudiantes, no pueda llegar al encuentro personal, se convierte en palabra viva antes que en transmisión de nociones.

Por otra parte, el *docente instruye*, dando una aportación fundamental a la estructuración de la personalidad de los alumnos y ayudando así en su proceso de personalización. Junto a esto el docente *educa*, ayudando a descubrir y a activar las capacidades y los dones que cada uno ha recibido gratuitamente de la mano de Dios. Por último, el docente *forma*, no solo para conseguir saberes que facilitan la competencia profesional, sino para lograr una construcción sólida y llena de significado en la vida de la persona<sup>24</sup>.

En ese mismo encuentro, Wotjyla, califica al maestro como alguien llamado a una vocación cristiana que caracteriza su biografía como persona, dando a la misión un significado trascendente. Dios, dice él, “os ha llamado por vuestro nombre para prestar un servicio insustituible a la verdad del hombre”<sup>25</sup>.

Esta misión supone una gran responsabilidad que tiene como primera exigencia la obligación de reflejar en la propia vida la dignidad del hombre que brota de su condición de hijo de Dios. “... sed vosotros mismos testigos auténticos con vuestro ejemplo de personas creyentes y coherentes, que sigan las enseñanzas de Cristo y el magisterio de la ‘gracia’ y difundan su propia fe con alegría, serenidad y confianza”<sup>26</sup>.

---

<sup>22</sup> IDEM, *Ibidem*.

<sup>23</sup> JUAN PABLO II. (1987). *Alocución del Santo Padre a los Obispos de la República Centroafricana en visita ‘Ad Limina Apostolorum*, 7 de noviembre de 1987.

<sup>24</sup> Cf. JUAN PABLO II (2001). *Mensaje al IV Encuentro Nacional Italiano de Profesores Universitarios Católicos*. Vaticano, 4 de octubre.

<sup>25</sup> IDEM, *Ibidem*.

<sup>26</sup> JUAN PABLO II. (1993). *Discurso del Santo Padre en el Congreso de la Asociación Italiana de Maestros Católicos*, 22 de enero.

El Papa propone una pedagogía basada en el modelo y considera el *testimonio* como un elemento clave de la educación. Por esta razón, afirma que el maestro junto con el alumno son piezas fundamentales en la tarea educativa, aunque no baste solo con ellos para llevar a cabo la acción formativa, sino que se requieren además instrumentos y estructuras.

En el maestro se armonizan la experiencia de fe y la profesión, dos armas necesarias para transmitir a las nuevas generaciones las verdades y saberes que sostienen la humanidad; el maestro es un enviado de la Iglesia para hacer presente en el mundo su acción maternal. Juan Pablo II es consciente de la grandeza de la misión, porque reconoce que el futuro de la humanidad está en sus manos cuando, como dice la *Gaudium et spes*, son capaces de transmitir a las generaciones del mañana, razones de vida y de esperanza (*GS*, 31). El docente es un sembrador de esperanza capaz de descubrir las incertidumbres, las dudas y los problemas de sus alumnos y llenarlos de respuestas basadas en la verdad, pero también de confianza en que Jesús está cerca de cada uno todos los días de la vida hasta el final de los tiempos. La vocación del maestro laico implica además cualidades y virtudes humanas como la confianza y el asombro, pues exige creer en los jóvenes y en los niños y saber entusiasmarse con sus ideales para poder mostrarles la realidad de la vida. Es bueno, dice el Papa, “comprender con inteligencia y penetración psicológica a los alumnos que le han sido confiados, y orientarlos luego en su crecimiento, con paciencia y amor, hacia metas educativas adecuadas”<sup>27</sup>.

Concluyendo el apartado, podemos decir que, en el pensamiento de Karol Wojtyła, maestro es “quien ama” porque sólo desde ese presupuesto es posible educar. Es quien sabe a la vez entregarse a los otros como una donación y, a la vez, recibir de ellos, dejando que lo que los alumnos le ofrecen penetre en su interior y transforme su persona; es el que sabe aprovechar las riquezas que vienen de los niños como un don regalado para él por el Creador.

---

<sup>27</sup> IDEM, *Ibidem*

## EDUCACIÓN: UNA RELACIÓN INTERPERSONAL MIRANDO A DIOS

Su Santidad, dirigiéndose a los jóvenes de Uganda, nos brindó la oportunidad de descubrir la educación como una relación interpersonal entre Dios y el alumno, proponiendo como compañero de camino a Jesucristo. “Dios os invita a todos y a cada uno de vosotros, a caminar en la luz como compañeros de Cristo (cf. 1 Jn 1,7). [...] la escuela es uno de los caminos principales que sacan de las tinieblas de la ignorancia y os llevan hacia la luz de la verdad. Buscar la verdad, descubrirla y alegrarse de haberla encontrado es una de las aventuras más emocionantes de la vida. La educación os hace libres, a fin de que podáis convertirlos en hombres y mujeres completamente integrados [...]”<sup>28</sup>. El planteamiento de la relación educativa en sus escritos es muy profundo, pues presupone a la vez el camino de madurez del alumno acompañado del maestro y el recorrido de su crecimiento espiritual llevado de la mano de Jesucristo.

Juan Pablo II no está hablando de unas relaciones humanas en las que, alguien que posee sabiduría y tiene experiencia de la vida porque ha caminado ya un alto trecho hacia la madurez (docente), muestre a otro que comienza el recorrido (discente), todas sus riquezas. Está hablando además de un acompañamiento que lleve al que aprende a crecer en su unión con Dios, como único camino de liberación personal. Se está refiriendo a la necesidad de descubrir en Jesucristo el medio para abandonar al hombre viejo y vivir como hombre nuevo, es decir, para ser verdaderamente libre y poder vivir como hijo. Él entiende la relación educativa como una *ayuda* de alguien que tiende la mano al otro para adentrarse por las sendas del saber y del ser; pero, además se está refiriendo a esa relación como *presencia*, en la que el maestro es referente de un Misterio que le invade y le trasciende.

El Papa se ha fijado bien en el modo en el que Jesús se relaciona con sus discípulos, en cómo se aproxima a ellos haciéndose el encontradizo, en la autoridad con la que se presenta a los discípulos, en su conocimiento y trato personalizado con cada uno, en su paciencia y oportunidad en los momentos de enseñanza, en definitiva, en el amor exclusivo que tiene con cada uno.

---

<sup>28</sup> JUAN PABLO II. (1993). *Comprometeos en la revolución espiritual de la pureza del cuerpo y del corazón. Uganda* (Kampala), 6 de febrero.

Conoce bien que Jesús ha cuidado a cada uno porque son la obra del Padre, que le ha de ser devuelta cuando Él se marche.

Por eso, propone la educación como una *relación de presencia*, en la que el alumno ha de ir descubriendo la belleza y dignidad del origen divino de su ser. Una relación en la que vaya descubriendo el amor con el que fue creado para un fin único, vivir en comunión con Dios y, a Jesús, como el único camino para desvelar ese gran misterio de su vida. “Queridos jóvenes, Dios os ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 19), acoged su amor. Permaneced firmes en esta certeza, la única capaz de dar sentido, fuerza y alegría a la vida: su amor nunca se apartará de vosotros y su alianza de paz nunca fallará (cf. Is 54, 10). Ha tatuado vuestro nombre en las palmas de sus manos (cf. Is 49, 16). [...] Después de la Encarnación, hay un rostro de hombre en el que es posible ver a Dios: «Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí». [...] Desde entonces es posible una nueva relación entre el Creador y la criatura, es decir, la relación del hijo con su Padre”<sup>29</sup>.

La relación educativa no consiste en un trayecto extraño y complicado, ajeno a la vida del alumno, sino de un ir descubriendo en la vida cotidiana de la escuela, acompañado por el maestro, que en cada realidad diaria hay un misterio de gratuidad que debe ser interpretado y recreado, que la vida tiene un fin y un sentido que no es del todo evidente sino que debe ser buscado. De manera que Juan Pablo, propone la relación educativa como una búsqueda compartida docente-discente-Jesucristo, en la que juntos es posible descubrir los destellos de luz que Dios va poniendo en el camino. “Educar auténticamente es la tarea de un adulto, de un padre y una madre, de un maestro, que ayude al educando a descubrir y a hacer propio, progresivamente, un sentido unitario de las cosas, una aproximación global a la realidad, una propuesta de valores para la propia vida, vista en su integridad, desde la libertad y la verdad”<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> JUAN PABLO II. (1999). *Mensaje para la XIV Jornada mundial de la Juventud «El Padre os ama»* (cf. Jn 16, 27), 6 de enero.

<sup>30</sup> JUAN PABLO II. (1989). *Discurso a los Educadores Laicos en León* (Nicaragua), 4 de marzo.

*KOINONIA* AL SERVICIO DE LA HUMANIDAD

El mundo de la escuela tiene un fuerte puntal en la comunidad educativa, pues la tarea de la educación es, en gran parte, transmisión de saberes, pero también, cooperación y relación entre personas; y, como bien dice el Papa, “toda escuela está llamada a ser un laboratorio de cultura, experiencia de comunión y lugar de diálogo”<sup>31</sup>.

Consciente de esta riqueza humana Juan Pablo II dedica parte de sus escritos a destacar la misión de la comunidad educativa y el papel de cada uno de los miembros que forman parte de ella. Considera que “la misión de la comunidad educativa es formar líderes a través de una síntesis personal entre fe y cultura, favoreciendo la prioridad de la ética sobre la técnica, la superioridad del espíritu sobre la materia, en suma, vincular el conocimiento con la conciencia”<sup>32</sup>.

Destaca la familia como el primer y principal agente de la educación de los niños<sup>33</sup> y propone a la de Nazaret como el modelo de vida humana y cristiana para educar a los hijos. Considera que la familia, nacida de la comunión de vida y del amor conyugal y cimentada sobre el matrimonio entre un hombre y una mujer, posee una intensa dimensión social, siendo el lugar primario de relaciones interpersonales. Juan Pablo la califica como “*célula primera y vital de la sociedad*”<sup>34</sup>, a través de la cual los niños aprenden los primeros valores y un montón de virtudes<sup>35</sup>, lo que les abre a un proceso educativo continuo.

---

<sup>31</sup> JUAN PABLO II. (1998). *Mensaje a la Federación de Institutos de Actividades Educativas de Italia*, Vaticano, 24 de noviembre, n. 3.

<sup>32</sup> IDEM, *Ibidem*, n. 12.

<sup>33</sup> JUAN PABLO II. (1991). *Centesimus annus*, 39. “La primera estructura fundamental a favor de la “ecología humana” es la familia, en cuyo seno el hombre recibe las primeras nociones sobre la verdad y el bien; aprende qué quiere decir amar y ser amado y, por consiguiente, qué quiere decir en concreto ser una persona”.

<sup>34</sup> JUAN PABLO II. (1989). *Christifideles laici*, 40

<sup>35</sup> Como bien afirma el Catecismo de la Iglesia Católica en su número 2224 “En la familia se inculcan desde los primeros años de vida los valores morales, se transmite el patrimonio espiritual de la comunidad religiosa y el patrimonio cultural de la nación. En ella se aprenden las responsabilidades sociales y la solidaridad”.



Todo niño al nacer recibe una “llamada desde lo más íntimo de sí a la comunión con los demás y a la entrega a los demás”<sup>36</sup>, pues por sí sólo no lograría hacerse consciente de su dignidad como persona, ni tampoco lograría desarrollar su personalidad. Para su maduración necesita la ayuda de los más próximos, entre los que tienen un papel destacado los padres. La educación, dice el Papa en la carta a las Familias *Gratissimam sane*, “es ante todo una dádiva de humanidad por parte de los padres”<sup>37</sup>, porque la familia es “«el lugar primario de la “humanización” de la persona y de la sociedad» y «cuna de la vida y del amor»”<sup>38</sup>. “[...] a ella le compete la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la comunidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia, su esposa”<sup>39</sup>.

Como la familia se fundamenta en la libre decisión de los cónyuges de unirse en matrimonio, lleva el sello de la mano divina<sup>40</sup> y posee también una serie de responsabilidades ineludibles, entre las que se encuentra la educación cristiana de los hijos. Tarea que no la llevan a cabo exclusivamente los padres, sino que es auxiliada por otras instituciones, entre las que se encuentra la escuela. “Todos los miembros de la familia”, dice Juan Pablo II, “cada uno según su propio don, tienen la gracia y la responsabilidad de construir, día a día, la comunión de las personas, haciendo de la familia una «escuela de humanidad más completa y más rica» [...] Un momento fundamental para construir tal comunión está constituido por el intercambio educativo entre padres e hijos, en que cada uno da y recibe”. (*FC*, 36). El Papa, sigue insistiendo en *Familiaris consortio*, en el fundamento de la tarea educativa de la familia y considera que tiene sus raíces en la vocación primordial de los esposos a participar en la obra creadora de Dios, porque con su matrimonio han asumido la obligación de ayudar a los hijos eficazmente a vivir una vida plenamente humana (cf. *FC*, 36).

---

<sup>36</sup> JUAN PABLO II. (1981). *Familiaris consortio*, 17

<sup>37</sup> JUAN PABLO II. (1994). Carta a las Familias *Gratissimam sane*, n. 16

<sup>38</sup> JUAN PABLO II. (1989). *Christifideles laici*, 40

<sup>39</sup> CONCILIO VATICANO II (1966). *Apostolicam actuositatem*, 11

<sup>40</sup> “Este vínculo sagrado, en atención al bien, tanto de los esposos y de la prole como de la sociedad, no depende de la decisión humana. Pues es el mismo Dios el autor del matrimonio, al cual ha dotado con bienes y fines varios»” (*GS*, 37).

El Pontífice considera el derecho-deber educativo de los padres como *esencial*, por estar relacionado con la transmisión de la vida humana; lo reconoce también como *original y primario* respecto al deber educativo de los demás, por el tipo de amor que subsiste entre padres e hijos; y lo entiende también como algo *insustituible e inalienable*, puesto que no puede ser totalmente delegado o usurpado por otros (cf, *FC*, 37), aunque sí completado, como en el caso de la escuela.

En todos los escritos de este gran santo se recalca la importancia de una cooperación entre padres y maestros como expresión de la comunión eclesial, y, en último término, de la *koinonia* trinitaria. “Ojalá que vuestros hijos puedan adquirir en vuestras familias la primera experiencia de una saludable sociedad humana y de la Iglesia. Os tocará también introducirlos poco a poco en comunidades educativas más amplias que la familia. Entonces ésta debe acompañar a los adolescentes con amor paciente y esperanza, colaborando con los otros educadores sin abdicar de su misión.”<sup>41</sup>

Ciertamente, la educación sólo se puede realizar auténticamente desde un contexto relacional y comunitario, en el que padres y maestros complementariamente busquen el bien de los niños. Obviamente aunque el ambiente educativo originario está constituido por la comunidad natural de la familia, la escuela, por tanto los maestros, ha de situarse junto a ella como un espacio *comunitario subsidiario*, orgánico e intencional que acompañe el empeño educativo de los hijos<sup>42</sup>.

La Iglesia siempre ha alentado a hacer de la escuela un lugar de comunión fraterna nutrida por la relación vital con Cristo y con la Iglesia, donde sea posible aunar fuerzas para manifestar al mundo el poder del Espíritu y convirtiéndola así, en un agente de evangelización de la sociedad. Por este motivo, Karol Wojtyła destaca, junto a la familia, el papel de los educadores, particularmente, de los educadores de la fe: “en vosotros confían tantos padres y confía la Iglesia para lograr esa formación integral de la niñez y ju-

---

<sup>41</sup> JUAN PABLO II. (1978). *Al III Congreso Internacional de la Familia organizado por el Instituto de Cooperación Universitaria*, lunes 30 de octubre.

<sup>42</sup> Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA. (2007). *Educar juntos en la Escuela Católica*, 12. Vaticano, 8 de septiembre.

ventud, de lo que en definitiva depende que el mundo futuro esté más cerca o más lejos de Jesucristo”<sup>43</sup>.

Juan Pablo considera que los maestros, desde su trabajo y en unión con las familias, han de contribuir a iluminar la vida de los jóvenes y de los niños. Cree que es fundamental su aportación, ordenada y sistemática, para que el alumno pueda desarrollar al máximo todas sus capacidades hacia el bien. El docente, al que los padres entregan a su hijo para que les ayude de manera subsidiaria a su crecimiento pleno, no es un mero instructor sino alguien que ayuda a los hijos a tomar conciencia de sus responsabilidades personales y a caminar hacia un proceso de madurez. Caminando juntos, padres y profesores, es posible obtener mejores frutos en la tarea educativa conjunta de acompañar a los más pequeños hacia la verdad.

Por último, entre los miembros de la comunidad educativa encontramos a los niños y jóvenes, a quienes Juan Pablo II dedica sus mejores palabras. El Papa cree plenamente en el hombre como figura más destacada de la creación de Dios, cree en su dignidad y en su grandeza, pero especialmente en los más jóvenes, en los que ve la riqueza de las naciones: “Vosotros, jóvenes, encarnáis esa juventud. [...] Todos miramos hacia vosotros, [...] Por eso, vuestra juventud no es sólo algo vuestro, algo personal o de una generación, sino algo que pertenece al conjunto de ese espacio que cada hombre recorre en el itinerario de su vida, y es a la vez un bien especial de todos. Un bien de la humanidad misma. En vosotros está la esperanza, porque pertenecéis al futuro, y el futuro os pertenece. En efecto, la esperanza está siempre unida al futuro, es la espera de los «bienes futuros». [...] A vosotros os corresponde la responsabilidad de lo que un día se convertirá en actualidad junto con vosotros y que ahora es todavía futuro. [...] Cuando decimos que de vosotros depende el futuro, pensamos en categorías éticas, según las exigencias de la responsabilidad moral que nos impone atribuir al hombre como persona —y a las comunidades y sociedades compuestas por personas— el valor fundamental de los actos, de los propósitos, de las iniciativas y de las intenciones humanas”<sup>44</sup>.

---

<sup>43</sup> JUAN PABLO II. (1982). *Discurso del Encuentro con los educadores en Granada*, 5 de noviembre.

<sup>44</sup> JUAN PABLO II. (1985). *Carta apostólica Dilecti amici*, a los jóvenes del mundo con ocasión del Año Internacional de la Juventud.

El Papa apela a la responsabilidad de los alumnos en la escuela para contribuir, junto con padres y maestros, en su propio proceso de formación. Confía explícitamente en sus posibilidades para ir creciendo e ir generando un clima de cooperación y corresponsabilidad para el trabajo que juntos deben llevar a cabo. El testimonio de una comunidad educativa unida que trabaja con caridad por los mismos ideales se convierte en un testimonio de luz interpelante para el mundo.

Entre las iniciativas más bonitas de Juan Pablo II con los niños encontramos la carta que les dirige en 1994, en donde sitúa la oración de los niños como modelo para los adultos. En ella invita a los más pequeños a ser colaboradores de Dios, ayudando al Redentor de la humanidad en su preocupación por los hombres<sup>45</sup>. Les propone también que contribuyan a crear la paz en sus familias y entre sus compañeros, siendo en la escuela el motor de la unidad.

El testimonio de fraternidad se presenta como un aldabonazo para un mundo dividido en el que prima el individualismo frente a la comunión, por eso, el Papa destaca este papel de la escuela como lugar de *koinonía*, porque se pueden compartir en ella los mismos objetivos, las mismas metas y los mismos deseos.

---

<sup>45</sup>JUAN PABLO II. (1994). *Carta a los niños en el año de la Familia*, 13 de diciembre. “Os hablaba antes del «Evangelio del niño», ¿acaso no ha encontrado éste en nuestra época una expresión particular en la espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús? Es propiamente así: Jesús y su Madre eligen con frecuencia a los niños para confiarles tareas de gran importancia para la vida de la Iglesia y de la humanidad. He citado sólo a algunos universalmente conocidos, pero ¡cuántos otros hay menos célebres! Parece que el Redentor de la humanidad comparte con ellos la solicitud por los demás: por los padres, por los compañeros y compañeras. El siempre atiende su oración. ¡Qué enorme fuerza tiene la oración de un niño! Llega a ser un modelo para los mismos adultos: rezar con confianza sencilla y total quiere decir rezar como los niños saben hacerlo.

Llego ahora a un punto importante de esta Carta: al terminar el Año de la Familia, queridos amigos pequeños, deseo encomendar a vuestra oración los problemas de vuestra familia y de todas las familias del mundo. Y no sólo esto, tengo también otras intenciones que confiaros. El Papa espera mucho de vuestras oraciones”.

## UNA RIQUEZA DE LA IGLESIA: EDUCACIÓN CATÓLICA

San Juan Pablo II es consciente de la riqueza que supone para la Iglesia la educación católica. Él ha elogiado el cuidado y empeño que la comunidad cristiana ha puesto desde hace siglos en este tema. Y ha destacado cómo este tipo de escuela ha sido, y sigue siendo, un instrumento esencial de evangelización. El Papa concebía la escuela católica como un proyecto educativo integral que tiene su fundamento en Cristo y cuyo fin es transmitir la verdad con palabras y con el testimonio de la propia vida, de la misma manera que Jesús lo hizo al anunciar el Reino<sup>46</sup>.

Ya el Vaticano II había dejado claro cuál era el trabajo tanto del profesor como de la escuela católica: "...crear un ambiente animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad, ayudar a los adolescentes para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo y [...] ordenar toda la cultura humana según el mensaje de la salvación, de suerte que quede iluminado por la fe<sup>47</sup>.

Sobre esta base conciliar el Papa, en sucesivos escritos y encuentros con educadores, ahonda en lo que el espíritu evangélico supone en la escuela y centra, como no podía ser de otra manera, su mirada en los fundamentos de una filosofía educativa que tiene como centro a la persona del alumno<sup>48</sup>.

Considera que la escuela católica tenía y, sigue teniendo, un gran desafío que le exige la presencia de un proyecto educativo caracterizado por un fuerte sentido cristiano en el que ha de colaborar plenamente la familia, sujeto principal de todo proyecto educativo, auxiliada por la competencia y el testimonio de los profesores. Estos últimos han de brindar a los jóvenes una formación cualificada basada en la adquisición de los conocimientos y en la estima de cuanto el hombre ha realizado a lo largo de la historia, pero ade-

---

<sup>46</sup> JUAN PABLO II. (2001). *Discurso al Congreso Internacional organizado por el Comité Europeo para la Educación Católica*, sábado 28 de abril de 2001.

<sup>47</sup> cf. *Declaración Gravissimum Educationis* sobre la educación cristiana, 8.

<sup>48</sup> "la exigencia de poner en el centro de la escuela la persona del alumno, para favorecer su crecimiento humano, cultural y espiritual. La escuela católica realiza este objetivo con su contribución educativa original y específica, que tiene como punto de referencia fundamental a Jesucristo y su Evangelio". Juan Pablo II. (2001). *Ángelus* del domingo 28 de octubre.

más, están llamados a transmitir íntegramente los grandes valores de la tradición y de la fe cristiana<sup>49</sup>.

El Papa denomina a la escuela como laboratorio de cultura, experiencia de comunión y lugar de diálogo, al que las escuelas católicas en su acción pedagógica añaden un espíritu de caridad y libertad que mana de su inspiración evangélica y del deseo de promoción humana<sup>50</sup>.

El Santo Padre, preocupado por la situación de la educación y consciente de las dificultades de los tiempos, hace una llamada seria a la escuela católica para que mantenga la identidad pedagógica sin confundirse con las otras escuelas, pues sabe que sólo así puede irradiar la luz del Evangelio a creyentes y no creyentes. Considera que las escuelas católicas deben mantener su identidad para que el cristianismo sea encarnado en las nuevas formas de vida que surgen por la evolución de la sociedad.

Por eso, propone a la escuela católica como un desafío frente a la educación que forma sólo para lo tecnológico y lo científico, dándole la tarea de formar la mente y el corazón de las nuevas generaciones según el modelo de humanidad propuesto por Cristo. Promoviendo también el respeto de las conciencias, la pasión por la verdad y el amor a la libertad en el ámbito de un servicio competente y según las exigencias de la sociedad.

Acabamos de describir los presupuestos de una escuela católica y su fin específico, pero además hemos de insistir en el interés de Wojtyła por dejar claro que existe un derecho de la Iglesia a estar presente en el mundo educativo y particularmente a crear sus propias escuelas. La Iglesia tiene una fuerte misión educadora, que ha de ejercerse, entre otras razones, por el derecho que tienen los padres a educar a sus hijos de acuerdo a su creencia religiosa.

La presencia de las escuelas católicas es fundamental en el mundo, ya que su espíritu queda reflejado en el desarrollo cultural. Cuando estas mantienen claramente su identidad, el mensaje cristiano se puede encarnar en las nuevas formas de vida que van surgiendo como consecuencia de los cambios producidos, tanto en la sociedad como en la misma Iglesia, convirtiéndose en

---

<sup>49</sup> JUAN PABLO II. (1998). *Mensaje a la Federación de Institutos de Actividades Educativas de Italia*. Vaticano, 24 de noviembre.

<sup>50</sup> JUAN PABLO II. (1998). *Mensaje a la Federación de Institutos de Actividades Educativas de Italia*. Vaticano, 24 de noviembre.

una alternativa al pluralismo reinante que tiende a marginar el mensaje cristiano. “La misión de la escuela católica es la formación integral de los estudiantes, para que puedan ser fieles a su condición de discípulos de Cristo y, como tales, puedan trabajar efectivamente por la evangelización de la cultura y por el bien común de la sociedad”<sup>51</sup>

Las escuelas católicas representan la presencia pública de la Iglesia en la sociedad. Dada su trascendencia el Papa no se cansa de hacer un llamamiento abierto a todos los responsables de la educación católica: “que la identidad de nuestras escuelas sea cada vez más manifiesta, por sus vínculos constantes con la Iglesia local, por el estilo de vida de los educadores, por la atención a los pobres y a los jóvenes afectados por diversas incapacidades, por una promoción auténtica de valores abiertos a una visión integral del hombre”<sup>52</sup>, con el fin de dejar en claro la primacía de Jesucristo en toda la tarea pedagógica.

Juan Pablo II, hablando a los miembros de la Conferencia Episcopal de Escocia, desciende aún un poco más en el tema y matiza los aspectos concretos que se han de reflejar en este modelo de escuela: “la identidad específica de las escuelas católicas debería reflejarse en el currículo y en cada sector de la vida escolar, para que sean comunidades donde se alimente la fe y los alumnos se preparen para su misión en la Iglesia y en la sociedad.”<sup>53</sup>

Consecuentemente, la escuela católica en toda su estructura y configuración pedagógica debe preparar al alumno para difundir el reino de Dios y actuar como fermento entre los hombres de la acción salvífica de Dios con todo el género humano. Debe hacerlo desde el compromiso con el progreso y la cultura, abriendo la puerta a un fuerte proceso de humanización. Por eso invita a los maestros a “proporcionar una formación respetuosa de la singularidad de la persona y estimuladora de una responsable y creativa participación”<sup>54</sup>.

---

<sup>51</sup> JUAN PABLO II. (1998). *Discurso al sexto grupo de obispos de Estados Unidos. Visita “Ad Limina”*, 30 de mayo.

<sup>52</sup> JUAN PABLO II. (1987). *Discurso de al congreso de la Organización mundial de los ex alumnos y ex alumnas de la Escuela Católica*, 14 de noviembre.

<sup>53</sup> JUAN PABLO II. (1997). *Discurso a los miembros de la Conferencia Episcopal de Escocia en visita “Ad limina”*, 25 de abril.

<sup>54</sup> JUAN PABLO II. (1987). *Centesimus Annus*, 54.

En definitiva, la doctrina que el Pontífice va mostrando en su enseñanza sobre la escuela católica la presenta como un instrumento eficaz de la Iglesia para continuar la tarea iniciada ya hace más de dos mil años por los apóstoles de extender el mensaje cristiano hasta el último confín de la tierra. Lo hace desde un diálogo entre la fe, la cultura y la vida, dejando claro que la comunidad que educa es la que “ama” y sabe compaginar la verdad y el bien con la ciencia y el progreso.

Por otra parte, Juan Pablo II reconoce otra misión en la escuela católica relacionada con una tarea *ad intra* en la Iglesia, pues considera que es el lugar idóneo para hacer pensar a los jóvenes sobre su llamada por parte de Dios a una vida entregada a su servicio. “La escuela católica que no se limita a dar una formación puramente doctrinal, sino que se propone aquel ambiente educativo en el que es posible vivir la experiencia comunitaria de fe, de oración y de servicio, puede tener un papel importante y decisivo en asegurar a los jóvenes una orientación de vida inspirada en la sabiduría del Evangelio. El testimonio solidario de una comunidad educativa y el clima de fe que en ella se respira, constituyen el servicio peculiar que la escuela católica debe prestar a la formación cristiana de la juventud. Su acción será eficaz especialmente si va coordinada con la de la familia, estableciendo con ella un vínculo directo”. [...] Educar, significa ayudar a descubrir la propia vocación en la Iglesia y en la sociedad humana”<sup>55</sup>.

Una escuela que educa, afirmó, debe hablar de la vocación y hacer resonar, en forma también personalizada, la llamada de Cristo y de su Iglesia. Debe prestar una ayuda valiosa a la elección vocacional, aportando motivaciones, favoreciendo experiencias y creando un ambiente de fe, de generosidad y de servicio que puedan librar a los jóvenes de aquellas condiciones que hacen aparecer “no apetecible” o imposible la respuesta a la llamada de Cristo.

---

<sup>55</sup> JUAN PABLO II. (1989). *XXVI Jornada Mundial de Oración por las vocaciones, Vaticano, 2 de febrero*.



## CONCLUSIÓN

Para concluir este pequeño homenaje a san Juan Pablo II exponiendo sus aportaciones menos conocidas a la educación, nos gustaría acabar con un párrafo de su conocida obra de teatro *El Taller del orfebre*. En él se recogen tres aspectos significativos que pueden sintetizar el sentido de educación en el autor. El primero de ellos, centrado en la *relación educativa* entre maestro y discípulo, en la cual siempre es necesario un cruce de miradas.

El segundo, la incertidumbre del alumno abierto siempre al futuro porque se encuentra aún en construcción en su proceso madurativo, siempre bajo la mirada atenta del maestro que confía en él y en todas sus posibilidades. Y, por último, el amor como clave de una tarea que, como dice el título de este artículo, lo único que pretende es acercar hombres a Dios. “Tuve entonces la sensación de que el orfebre buscaba con su mirada nuestros corazones, adentrándose en su pasado. ¿Abarcará también el futuro? La expresión de sus ojos era una mezcla de bondad y firmeza. El futuro seguía siendo una incógnita que ahora aceptábamos sin inquietud. El amor vence la inquietud. El futuro depende del amor”<sup>56</sup>.

---

<sup>56</sup> K. WOJTYLA (2005). *El taller del orfebre*. Madrid: BAC, p. 7.